

XXV.

EL VIAJE DEL VIDRIERO.

1840.—Febrero.

Hace seis meses que estoy en Madrid.

Pensé venir á hallar placeres, ya no tranquilidad y dicha; pero el mundo es para mí igual en todas partes. Sin embargo, lucho contra la fatalidad y busco la felicidad con la misma sed que un febricitante desea una gota de agua.

La casa en que nací está desierta y arruinándose: mis amigos de la niñez me desconocen, ó huyen de mí, ó me repelen por su corrupcion. En Madrid hay mugeres lindas, todas me recuerdan á Serafina; pero ninguna es ella.

En Búrgos hay grosería, en Madrid desmoralización; allá hay chismes, aquí intrigas; allá hay ridiculeces, aquí hay crímenes: en Madrid hay lujo, brillo y galanteos, pero no amor..... ¿Cuál de todas

las mugeres que miro cubiertas de blóndas y diamantes es Serafina?—Ninguna.

En Madrid se puede tener ambicion. se puede aspirar á la gloria, se puede encontrar la riqueza; pero ¿alguna de estas cosas me servirá de título al amor de Serafina?

El método material de mi vida ha cambiado; mas no mi carácter. El trabajo pesado que aquí tengo me disipa y me cansa hasta darme un sueño profundo. Empere los ratos de reflexion son amarguísimos.

En Búrgos, Serafina disipaba algunos momentos la negra noche de mi tristeza; en Madrid he perdido hasta la esperanza.

Una circunstancia ligera ha influido profundamente en mi alma. Llegué aquí y solo hallé desocupado en el mismo hotel, el mismo cuarto donde viví cinco meses, y de donde salí para Búrgos.

El mismo friso en las paredes, el mismo color en el maque, el mismo tapete en la cama, en su propio lugar los mismos muebles, solo que ahora están un poco mas sucios y maltratados. Me parece que estos muebles me han esperado dejándose cubrir con el polvo de mis siete años de ausencia.

Para saludar á mis antiguos huéspedes escribí en mi mesa, abrí mi ropero vacío, me asomé al balcon y reconocí las fachadas de las casas fronterizas. Llegó la noche, y aturdido todavía con el rodar del coche me dormí profundamente.

Al despertar del siguiente dia, las mismas ra-

rayas de luz sobre la puerta, las mismas sombras; en fin, el mismo criado que me sirvió el desayuno con la misma vajilla.

Me parecía todo un sueño; ayer apenas habia salido y vuelto á Madrid: los sucesos de Búrgos eran una comedia, una invencion, un sueño de la última noche, que me quedaba vagamente gravado en la imaginacion.

Me encuentro el mismo hombre; siento el mismo fastidio, y me mata el mismo amor... ¿Se acordará de mí Serafina?... Mi memoria ha sido suya todos los dias.

Isabel tambien se me pasea algunos momentos, y con Julia recuerdo sus caricias, los deliciosos ratos que á su lado pasaba... Casi siento pesar al ver perdido ese tesoro de sencillez, de sensibilidad, de amor.

Han pasado seis meses.

Hoy es víspera de carnaval...—Me está distra- yendo de escribir una blondita de quince años, co- queta y charladora que tengo en el balcon de en- frente.—Hace algunos dias que estoy saboreando el gozo de ir á Búrgos..... ¿à qué?...—Ver á Se- rafina, darle otro beso á Julia, encontrar á Isabel en las máscaras y completar su conquista; he aquí los pensamientos impulsivos...—La niña de enfren- te sigue siendo mi tentacion. Pero no volveré á ha- cerle caso.

Todo el mes anterior he estado pensando en este viage. ¿No seria una bellísima noche de máscaras

aquella en que huyendo del bullicio, y teniendo en mis brazos á Isabel palpitante y fatigada del baile, sin haberme tal vez conocido por el disfraz, y ce- diendo á la violencia agradable de la situacion y á sus propios deseos, improvisáramos una escena de novela, con sus juramentos, sus sensaciones, sus de- licias, para no volver á vernos tal vez? Este deseo me alucina.

En dias como estos la gente está alborotada, in- quieta; y corre y se afana con los preparativos de las fiestas. Uno mismo está violento, y en todos los semblantes mira el regocijo y la animacion interior que lo alegra.

Mañana salgo para Búrgos, y la imaginacion es- tá fascinada con sus esperanzas. Si no llegara yo á la hora del baile me moriria de pesar. ¿Encontra- ré á Serafina?

Ya estuve en Búrgos, y hace dos horas que me apeé de la diligencia de vuelta en Madrid.

¿Qué ha pasado en estos cuatro dias últimos? Mu- cho..... Nada.....

Sin embargo yo tengo la cabeza aturdida, llena de recuerdos y de esperanzas, de tristeza y de te- mores: siento el mismo desabrimiento inexplicable que despues de una noche de orgía.

He perdido el tiempo como un miserable, y el

porvenir vuelve á presentarse tan oscuro, como lucidas fueron las horas que acaban de pasar. La soledad de mi cuarto, despues de la agitacion continua de cuatro dias, y el bullicio de los bailes de máscara, me produce un fastidio profundo.

Vale mas morir, que llevar una vida tan miserable, tan llena de desdicha y deshonor.

El corazon está muerto. Un capricho, una ilusion lo animaba, y en este momento percibo la vanidad de un deseo alimentado por tantos años.

+ Ver á Serafina; darle otro beso a Julia, completar la conquista de Isabel: he aquí los pensamientos que me llevaron á Búrgos. Pues bien: voy á contar la historia de los cuatro dias.

El primero del carnaval llegué á Búrgos, y apenas tuve tiempo para quitarme el polvo del camino, ántes de marcharme al baile.

Entré al salon, y encontré mi mismo público; disfrazados de chinos, de moros, de aldeanas ó de Normas, eran siempre mis burgaleses antiguos, mis conocidos viejos. Habia yo retrocedido en tiempo los seis meses de ausencia: volvía à encontrarme en igual situacion.

En aquel momento creia haber solo hecho un paseo á Madrid, y estar como ántes, con mis pretensiones, mis deseos, mi proseripcion enmedio del mundo que no podia abandonar.

Pasaron los saludos, los reconocimientos, los apreñes de mano y los abrazos.

Ninguno de mis tres objetos estaba en la sala; y procuré distraerme con la charla de los máscaras.

Hallé un dominó vestido de terciopelo negro, elegantemente calzado, con una vozecita suave, y unos ojos como dos estrellas, que lucian al' traves de la careta.

—¡Oh! Gabriel; ¿qué haces aquí?—me dijo el dominó.

—¿Me conoces?

—Sí. ¿Y à qué has venido?

—.....A.....

—A perder el tiempo.

—¡Cómo! á ver; espílicate.

—Es decir has venido por.....

Vamos, esta me va á dar un baño de agua rosada—me dije entre mí.

—Vaya—añadí en voz alta—acaba.

—Has venido, porque..... no te enojas; pero me compadece el que hayas hecho un viage, que sé yo con cuantos sacrificios, para perder el tiempo.

Un tabardillo es lo que va á darme—pensé al oír estas palabras, en que la mascarita me revelaba lo que yo preveía, y no habia querido confesarme á mí mismo.

—No te entiendo—le dije ya disgustado.

—Mira: muchas veces no somos las mugeres las que los atormentamos, sino el amor propio el que los engaña.

—Es verdad; pero.....

—Ella no te quiere.

—Lo sé.

—¡Y caminas tantas leguas solo por verla!

—Pero ¿quien dice?...

—Pues ¿a qué has venido?

—Mis parientes, mis amigos.....

—Deveras?—me preguntó con ironía.

—¿Crees tú?...

—Que solo has venido por ella.

—Pero ¿cual?

—Luego tienes muchas.

—Suponlo: ¿como se llama la que dices?

—Bien debes suponer de quien te hablo; pero ya que tienes *tantas*, nombrame una y te responderé si es ella.

—Eso no.

—Es que puedo darte noticias de ella.

—¿Eres su amiga?

—Te he hablado en su casa.

Me hablaba de Isabel, porque á Serafina no la visito, y Julia.....

—Si supieras lo que dice—.....añadió mi enmascarada.

—Dimelo.

—Eso nunca.

—¿Por qué?

—Seria comprometerla.

—Luego es algo favorable para mí.

—Ya te dije que vienes á perder el tiempo.....

La fortuna tuya es, que al fin nada se te da.

—Oh! mucho.

—Si no te conociera!..... Tú juegas con las mugeres, y facilmente te resignas.

—No; yo las amo.....

Y mi amor propio quedó lisongeado viendo que á lo ménos me concedia el talento de despreciar á las que me despreciaban. Pero inmediatamente se arrepintió de haberse humillado á sí misma (muger!) confesando mi superioridad, y cambiando de tono añadió irónicamente.

—Con que harás pesadumbre, eh?..... Siempre te compadezco, porque has venido á perder el tiempo.

Recargó tanto la acentuacion, que me penetraron el alma estas palabras, y las tomé por una profecia perfectamente fundada en mi caracter. Me quedó el eco de ellas en los oídos, y me pesó de haber entablado esta conversacion.

Ni fué esto lo único que hablamos. La enmascarada conocia mi vida pasada y aun mis sentimientos; me hizo alusiones vivas que me lastimaron, aunque tuvo el talento de no darme motivo para responderle una groseria.

En fin, me entretuvo, y me causó la satisfaccion de haber hallado una muger que se ocupaba de mí.

Otro enmascarado me dijo casi lo mismo, mas laconicamente; y tan estraña coincidencia me desagradó hasta disgustarme. Casi me arrepentia de haber ido.

Pero era ya bien tarde y ninguna de las tres pa-

recia. Al fin reconocí á Isabel; me le puse enfrente con los brazos cruzados, y con una mirada le dije:

—Aquí estoy.

—Oh! Gabriel: vd. aquí!.....

Y á pesar de los testigos me echó los brazos. Pero esto fué todo. Su alegría pasó prontamente, y despues la vi mas cortes que afectuosa, mas coqueta que seductora.

Ni conmigo, ni con nadie quiso bailar, á pesar de mil instancias, y tan rapidamente crecia su frialdad, que permanecí à su lado muchos ratos sin decirle una sola palabra.

Terminó el baile; la conduje del brazo hasta su casa, y la última despedida fué tan indiferente como si nos aborrecieramos.

Hasta que me separé de ella no pensé en Julia, á quien no vi en toda la noche.

Y Serafina?..... ¿No habia ido por huir de mí sabiendo que estaba en Burgos, ó porque lo ignoraba no habia ido á buscarme? El amor propio me inspiraba estas preguntas.

El viaje y la desvelada me atrajeron el sueño tan pronto que no tuve lugar de hacer reflexiones hasta el siguiente dia.

Me levanté medio desalentado: tal vez el cansancio material influia en mi alma.

Julia fué una de las primeras personas á quien visité en la mañana. Entré en su casalleno de es-

peranzas; pero me recibió con política, me abrazó con frialdad, y me dejó salir con indiferencia.

Oh! habia despertado: ya no era la niña imprudente y sincera; sino la jóven presumida, descoufiada y pretenciosa..... Número perdido en la loteria.

En la tarde estuve en casa de Isabel. Siempre fria, reservada, circunspecta: quebrando la conversacion cuando yo queria inclinarla en cierto sentido, negandose á hacerme la menor promesa.

Decia bien la enmascarada de anoche—pensaba yo miéntras me vestia para ir al segundo baile—He venido à perder el tiempo.

Y con esta idea desconsoladora me dirigí al teatro, casi á pesar mio; solo porque ya estaba en Burgos, y no encontraba mejor cosa que hacer.

Isabel se empeñó en desesperarme: podia hacerlo porque no estaba en la sala Serafina por quien la hubiera abandonado. Se obstinó en no bailar conmigo, ni con nadie, y cuanto pude alcanzar, mejor dicho, lo único que ella deseaba era tenerme á su lado humilde, cabizbajo mústio

Todos los que pasaban se sonreian de vernos tan sérios, tan callados.... pero juntos. Esto era un triunfo para Isabel. Nuestra situacion estaba revelando que yo no habia emprendido el viaje sino por ella, que apénas toleraba el tenerme á sus piés sumiso como un esclavo, á quien por un mero favor dirijia una mirada dudosa, ó permitia levantar el pañuelo que dejaba caer á propósito.

Para satisfacer su orgullo esto era bastante: por-

que ya se sabe que Isabel goza cuando oprime, se rie cuando los otros lloran, ama por ser adorada, se envanece cuando domina. Es la perversion mas completa de los afectos femeniles.

+ En toda la noche vi á Julia.

Serafina se me apareció ya sin careta, casi al terminar la fiesta. Estaba divina.

Se sentó casualmente á alguna distancia de mí, pero me miraba frecuentemente, y sus ojos no tenían la espresion severa de ántes.

Se levantó para irse, y al pasar junto á mí me saludó! Le contesté su inclinacion de cabeza, por no esponerme á ser descortes, pero me quedé dudando si se dirigia á alguna de las personas inmediatas, ó si se habia equivocado.

Ya tuve en que pensar todo el tiempo que estuve despierto. Todas mis esperanzas y todos mis deseos renacieron con una violencia inesplicable.

Me ama Serafina: mi vista la ha alegrado hasta hacerla olvidar su antiguo rigor, su orgullo, su distancia de mí!

Mi sueño estuvo lleno de estos pensamientos. Sentí la dicha, la tuve en mis brazos..... pero al despertar ví que era un engaño.

Se necesita una organizacion de hierro para pasar las noches bailando, y los dias de sala en sala haciendo cortesias y diciendo cumplimientos; almorzando con amigos y bebiendo sin prudencia.

La tercera noche estaba yo muerto. Fuí al bai-

le arrastrado por Serafina, sostenido por una ilusion que será capaz de despertarme en el supulcro.

A pocos momentos reconocí á Serafina, é inmediatamente me acerqué á hablarle, seguro de encontrar el mismo desden, la misma altanería de siempre. Pero lo hice sin embargo, cediendo al hábito, á un compromiso de amor propio.

No hablarle esta noche, ni invitarla á bailar, hubiera sido confesarme vencido ó despechado, despues de tantos sufrimientos.

¡Pero cuán profundo desaliento sentia al percibir que no era ya el amor, sino un verdadero capricho lo que me arrastraba á sufrir un nuevo desaire!

Tal vez no me hubiera resuelto á hablarle; pero estaba yo delante del público que me habia visto amarla con frenesí, sufrir sus desprecios con cinismo, y gloriarme de ser su víctima. No seguir representando mi papel, hubiera sido quebrar mi carácter.

Me acerqué, pues; y Serafina me oyó sin enfado; me prometió una contradanza!

A pesar de esto no creí que bailara; para vengarme fastidiandola, cada vez que pasaba junto á ella le dirigia una palabra irónica.... ¡Irónica!.... Era el despecho que me causaba la nueva humillacion que temia, y tan positivos eran mis deseos de bailar con ella, que tal vez, por solo estarla mirando, y aprovechar un momento inesperado, desprecié una buena fortuna de carnaval, una enmascara-

da comfortable, que me obligó por fin á ser impolítico y hasta grosero con ella.

Se cumplió por fin el plazo que me habia puesto, y seguro de hallar el último desengaño me acerqué, solo por el compromiso.

—Esta contradanza es mia.

—Sí—!!!

Aun no creo que Serafina me haya dicho un sí tan espontáneo..... y sin embargo, yo escuché con frialdad esa palabra que un año ántes me habria ahogado de placer.

Siete años he tenido sed de bailar con ella, de tocarle una mano, de besar la orla de su vestido....

Por qué ahora esta indiferencia?

Un hombre que tenia al lado le habló al oido, y creo que le hacia reflexiones para que no bailase conmigo: ella resolvió todas las dificultades, y á mi segunda pregunta me respondió:

—Sí; bailaremos.

Llegada la hora le presenté el brazo y lo tomó; permaneciendo mudos miéntras se arreglaron las parejas y comenzó la música. Ella no retiró su brazo del mio hasta el momento mismo de comenzar á bailar.

La tenia á mi lado, la tuve en mis brazos, y no lo creia..... Un favor tan pequeño, tan deseado, me parecia sin embargo imposible en el momento de gozarlo..... ¿Gozarlo?..... ¡ojalá!..... La Serafina de mis sueños; el objeto de mis conversaciones; el centro de mis deseos; el bálsamo de mis pe-

sares; la ilusion de mi vida..... mi Serafina..... no ecsiste ya: el corazon no latió junto á ella, el alma reflexionó á su lado..... Ese amor, al cual sacrifiqué tanto, no ecsistia; era un afecto vano; un capricho de amor propio; una pasion ficticia, sostenida por la situacion y la costumbre..... Siete años de fingida tristeza, de supuestos desdenes, de martirios imaginarios, se me representaron con toda su ridiculez, casi me avergoncé de mi necia constancia en el fingimiento, y sufrí la mas desagradable impresion.

Y hace un año justamente que Serafina me inspiraba estos versos.

Aun no me canso de sufrir por ella,
miéntras mas me desprecia, mas la adoro;
si ella rie de mí, por ella lloro;
y cuanto mas ingrata está mas bella.

Tal vez por ella descuidé mi creencia,
y perdí mi fortuna y mi alegría,
y por ella tambien acaso un dia
abandone con gusto la ecsistencia.

Su amor no mas me queda en este mundo;
su amor que es mi esperanza y mi consuelo;
su amor que me ha de abrir un ancho cielo,
ó á de arrojarme al baratro profundo.

A esta ilusion asido todavia,
batallo con la muerte que me espera:
y aun si me amara, renacer pudiera
mi fé en el porvenir y mi alegría.

¿Pues qué importa que mi alma en nada crea si en ella como en tí mi fé atesoro?..... haz, ¡oh! Señor, que esta muger que adoro del muerto corazón el alma sea.

Y estos versos los escribí entoces con fé: esa muger era en efecto mi ilusión ilusión que ha desaparecido, dejándome el fastidio y la vergüenza de mi propio engaño: no la amaba, ahora lo conozco, y me amarga la idea. ¿Soy incapaz de amar?...

Decía que estaba con ella esperando que comenzara la contradanza: no solo no le hablaba, sino que interiormente estaba determinado á no decirle una sola palabra mientras estuviera en su compañía.

Con una mano la abrazaba para bailar, en la otra sentía yo la presión de su pecho que casi tocaba el mio.... esto me conmovió algo, y en las primeras vueltas no pude valsar temiendo incomodarla, ó violentarla.

—No puedo valsar—le dije medio turbado.

—¿Por qué?—me preguntó con intención y con dulzura.

Permanecí callado; y cuando me repuse casi sentí estar bailando con ella.... ¿para qué, si ya no deseaba nada de ella?.... ya no era mi ídolo lleno de encantos, sino una muger con toda su corrupción.

En un momento de descanso le pregunté:

—¿Eres tú Serafina, ó me engaño?.... (estaba enmascarada).

Ella vaciló un momento y me respondió:

—Yo soy.

La careta le concedía el derecho de negarme su nombre, y esta nueva concesión me satisfizo.

En fin, al dar la última vuelta le dije ya turbado por el amor.... Sí; el amor otra vez.

—Sabe que aquí ó en Madrid te adoro siempre.

—¡Oh! no lo digas—me respondió asustada.

Inmediatamente me separé de ella, y no volví á encontrarla. El baile terminó dentro de poco tiempo y me fuí á dormir un rato, para tomar la diligencia al salir la luz.

Y bien: ya realicé mi esperanza, satisfice un deseo de siete años.... Le hablé, la tuve en mis brazos; y sus ojos me vieron sin enojos, y su voz era dulce.... ¿Me ama al fin Serafina?

¡Oh! el demonio, el demonio ecsiste, y él es quien me ha respondido á esta pregunta—¿Serafina! Serafina se va marchitando como una flor de Otoño: Serafina me vió con un traje hecho á la moda de París; Serafina oyó que al compás de la música bailaban en mi bolsillo unas cuantas monedas de oro.... Serafina vió lucir en mí su última esperanza de matrimonio....

Para que la ecsistencia no abrume ni fastidie es forzoso tener algo que amar mas que á ella. Y bien; ¿qué me queda?....

¿De qué manera me vengaría yo del genio malé-

fico que se complace en atormentarme?.... ¡Oh! pero es mentira. Ella me ama: Serafina sintió que me amaba al verme léjos de ella, me amó siempre y yo no supe merecerlo..... Aunque no me ame yo la adoro: ¿á qué precio querrá ser mia? ¿Quiere un caudal, quiere un crimen, quiere un esclavo? Que me señale un hombre y lo asesinaré; que me diga quiero ser rica y robaré el tesoro mas guardado; que me lo mande y besaré el polvo que dejen sus piés.

¡Imposible! Un crimen me envileceria, el oro la envileceria à ella, la esclavitud levantaria entre los dos la barrera del odio!.... No: amor por amor; y ella tiene cerrado el corazon para un hombre que no tiene que ofrecerle sino el alma.

¡Y aun la adoro!

XXVI

ANGELA.

Lector; acuerdate del capítulo V, si tienes intencion de leer este. Acuerdate de Angela, de aquella niña de catorce años, que al despedirme de ella para ir á mi destierro de Búrgos, me dijo:

—Las pobres mugeres tenemos la desgracia de no ser creidas ni comprendidas.

—¡Ah! por fin te tengo otra vez—me dijo abriéndome los brazos, cuando volví á Madrid despues de tanto tiempo—¿Te vuelves á ir?—añadió enjugándose una lágrima.

—No.

—¡Gracias al cielo!...¿ Dejas alguna novia en Búrgos?

—No.

—Te he estrañado mucho: he llorado por tí.
